

DIARIO DE UN VIAJE IMPOSIBLE



22 DE ABRIL DE 1810

Decidí que a veces voy a grabar y otras veces voy a escribir. Quiero que las baterías del celu me duren lo más posible, aquí no tengo cómo recargar. De la ortografía, no me importa nada, después lo copio todo en la compu y le paso el corrector.

Don Blas quiere todo el tiempo hablar conmigo para que yo le cuente cómo va a ser el futuro. Ahí me di cuenta de lo poco que sé de cómo funcionan las cosas en mi época. Le mostré la linterna, pero ni eso le pude explicar.

—Todos esos aparatos que le cuento andan con electricidad —le dije una tarde, charlando en la Biblioteca.

—Cuéntame un poco más sobre eso. ¿A qué llaman ustedes “electricidad”?

—Es... es... es...

Eso me hizo tomar conciencia de lo burro que soy. Juro que cuando vuelva a mi casa me voy

a poner a estudiar a ver si consigo entender un poco más. De repente me acordé de un dibujo del manual de séptimo: está Franklin en medio de una tormenta, con un barrilete del que cuelga una llave y justo ahí le cae el rayo.

—La electricidad es como la fuerza que está en el rayo. Por eso, cuando a alguien le cae un rayo, se muere electrocutado.

—¡El poder del rayo! —se asombró don Blas—. Yo mismo vi caer un rayo sobre el campanario del Cabildo. Eso fue en 1779, hace unos treinta y un años. Se desbarató el reloj y hubo que repararlo.

—¿De verdad? ¡Genial! —dije yo, sin poder contenerme.

¡Igual que en la peli *Volver al futuro*!, pensé. Pero no dije nada por no ponerme a explicar qué es una peli.

—¡Entonces el hombre logrará domesticar el poder del rayo! —dijo don Blas.

—Algo parecido —le contesté yo, por no meterme en honduras—. Eso sí, mi mamá y mi hermana dicen que no hay que decir “el hombre” sino “la humanidad” o “el ser humano”, para que no se piense que se habla solamente de los varones.

—Veo que han domesticado al rayo, pero no a las mujeres. ¡En eso no adelantaron mucho! —dijo don Blas, riéndose.

—Imagínese que hasta llegamos a tener una presidenta, que ganó por el voto de la gente.

Apenas dije la palabra presidenta, la expresión de don Blas cambió por completo. En su ansiedad por enterarse de todo, me tomó de los hombros y me sacudió. Hasta me asustó un poco.

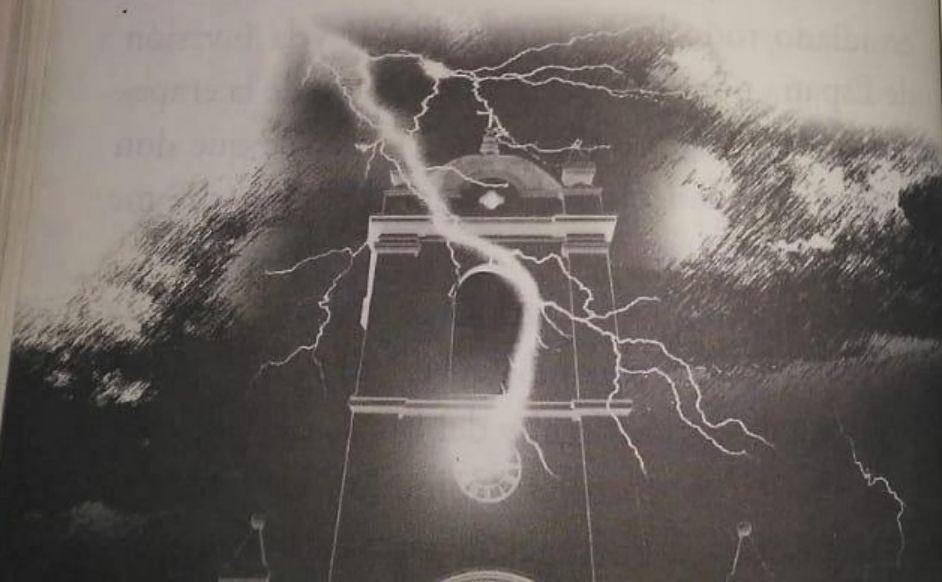
—¡Entonces seremos un país libre y soberano! Y, por lo que me cuentas, ¡una república! ¡Entonces no solo lograremos ser independientes, sino que triunfaremos sobre los que piensan que debemos obedecer a la emperatriz Carlota!

Eso ya fue demasiado para mí. Yo había estudiado todo lo de Fernando VII y la invasión de España por el ejército francés, pero de la emperatriz Carlota no sabía nada. Me parece que don Blas se compadeció de mi cara y por ese día me dejó en paz.

Resulta que Carlota es nada menos que la mismísima hermana de Fernando VII y es la Emperatriz de Portugal y del Brasil. Se ve que hay familias así: todos reyes. Como los franceses invadieron también Portugal, la corte completa se vino

para América y la Emperatriz está viviendo aquí nomás, en Río de Janeiro. Bueno, aquí nomás para mí, que pienso lo que tardaría en llegar en micro, o en avión. Pero, incluso para los de esta época, Río no es tan lejos, considerando lo que lleva el viaje en barco. Y parece que hay un montón de patriotas famosísimos (todos amigos de don Blas, que está muy metido en política) que prefieren quedar bajo las órdenes de Carlota con tal de librarse de España. Por suerte eso no es lo que va a pasar. Para mí, sería caer de la sartén al fuego.

Estas explicaciones me las dio, frunciendo bastante la nariz ante mi burrez, la nieta de don Blas, una chica de mi edad que se llama Margarita. Tengo la impresión de que le caigo bastante mal.



Del diario de Margarita

23 DE ABRIL DE 1810

¡Qué vergüenza, pero qué vergüenza pasé! Ahora mismo, al escribir estas líneas, siento que vuelve a subirme fuego por la cara y seguramente debo de estar poniéndome tan colorada como ayer cuando... ¡Lo odio! ¡Tiene razón Remigia cuando dice que es un renacuajo! ¡Un intruso, eso es lo que es! Acapara la atención de mi abuelo, que no parece tener ojos ni oídos más que para él. No sé qué puede interesarle tanto de ese enano. Y no exagero cuando digo enano, si a la silla del comedor hubo que ponerle un almohadón bien relleno de plumas para que él pudiera sentarse encima y llegar a la mesa sin que el plato le quedara a la altura de los ojos.

Nunca hasta ahora había pasado algo como lo que ocurrió ayer. Jamás se me había prohibido entrar a la Biblioteca. Sin embargo, cuando ayer lo intenté, me encontré con que la puerta estaba

cerrada con llave. Al golpear para que me abrieran, la voz del abuelo me advirtió que debía esperar porque él estaba hablando de un tema privado con Manuelito de los Rizos. ¡Manuelito de los Rizos, ja! ¡Manuelito de los Pisos debería llamarse ese, que apenas levanta dos palmos del suelo! De más está decir, que en cuanto oí esa respuesta, la curiosidad empezó a roerme por dentro como el gusano que devora lentamente pero sin parar la pulpa del durazno. Entonces, con fuertes zancadas simulé que me alejaba, y luego de esperar algunos minutos, regresé de puntillas para no ser oída y pegué mi oreja a la puerta. Alcancé a oír algunas palabras sueltas. Creí entender que en un momento hablaban de algo así como "electricidad". La verdad es que no sé si escuché bien y, si lo hice, no tengo la menor idea de qué cosa estaban hablando. La otra palabra que me pareció oír fue "presidenta". ¡Eso sí que es raro! Reinas y princesas, por supuesto que existen, pero ¿presidentas? En fin, quizá se pueda llamar así a la esposa del presidente de una asamblea o de un tribunal. En una novela francesa (prohibida, por supuesto, bastante libertina y muchísimo más divertida que Corneille) que me prestó mi amiga Bernardina, uno de los personajes era la presidenta Tourvel.

Y mientras pensaba en lo de "presidenta", ocurrió lo peor de todo, lo que me llenó de vergüenza. Porque sin que yo oyera que se estaba acercando, Manuelito de los Pisos abrió de golpe la puerta de la Biblioteca y me descubrió fisgoneando como una criada. Y, como si esto fuera poco, en el mismo momento perdí el equilibrio y me caí encima del enano, que, con una sonrisa, alcanzó a atajarme antes de que me desparramara como leche hirviendo. Me habría encantado borrarle la sonrisa de la cara con la lejía que usan las lavanderas para la ropa sucia. Por suerte, el abuelo, que estaba consultando unos libros, no alcanzó a ver la humillante escena, aunque estoy segura de que el tal Manuelito debe de haber corrido a llevarle el cuento.

Como una verdadera dama, me repuse lo más rápido que pude y me encerré en mi cuarto, pero apenas me encontré a solas me eché a llorar de la rabia y la vergüenza. Después de un rato de desahogo, me lavé la cara con ese jabón suave y perfumado que me regaló doña Mercedes, una de las amigas de mamita. Ella dice que esos jabones tan delicados son una de las cosas buenas que dejaron los ingleses, porque, antes de que nos invadieran, el jabón era pura bola de sebo. Parece mentira,

pero el contacto con la espuma abundante y el aroma tan rico me hicieron sentir mucho mejor.

Por la tarde, tuve clase de francés con *monsieur* Clarmont y clase de piano con Celeste, la institutriz de mi amiga Clara. No me resultó difícil leer en voz alta los versos de Corneille mientras pensaba en otra cosa. *Monsieur* pone especial atención a la manera en que pronuncio más que a mi comprensión del texto. Pero la clase de piano fue un verdadero infierno. Es imposible concentrarse en las teclas para tocar un rigodón y tener la cabeza en otro lado. Y por supuesto que yo, empeñada como estaba en saber cuál es el interés tan grande que mi abuelo muestra por el intruso, tenía la cabeza en otro lado, como bien notó Celeste. Me costó disimular con ella, pero me doy cuenta de que no tengo que contar nada de las cosas rarísimas que están pasando en esta casa.

Un detalle más que me hace pensar en lo insólito de esta situación: el tal Manuelito me preguntó más tarde... ¿quién es la emperatriz Carlota! Ni los esclavos son tan ignorantes. Al menos no en esta casa. Me reí con desdén (eso me sale muy bien) y le di una pequeña lección acerca de lo que está pasando en el mundo y en nuestra Buenos Aires.

Fue de manera casual que descubrí que no soy la única interesada en averiguar la verdad sobre Manuelito. También Remigia lo está intentando y para eso utiliza sus propios y ocultos medios. Sucedió que me desperté en mitad de la noche porque estaba soñando algo feo; no sé exactamente qué, pero a veces tengo sueños relacionados con el viaje en que mis padres perdieron la vida. Cuando me pasa eso, corro a buscar a Remigia y me abrazo muy fuerte a ella, que me acompaña nuevamente al lecho y se queda conmigo mientras me canta en la lengua extraña de su tierra hasta que vuelvo a dormirme.

Pero esta vez pasó algo muy raro. Cuando fui a buscarla, un murmullo de voces salía de su cuarto. Intrigada, me detuve, creyendo que Remigia estaba con alguien. Me pareció identificar la voz gruesa de un hombre, luego la de un niño y enseguida la voz cascada de una vieja. Asustada, empujé la puerta y entonces, para mi sorpresa, descubrí que Remigia estaba sola y que era ella misma la que hacía las diferentes voces mientras daba vueltas en círculo alrededor de unos objetos depositados en el suelo.

—¡Niña Margarita! ¿Qué hace aquí? —se sobresaltó.

—¿Qué estás haciendo, vos? —pregunté, llena de curiosidad mientras me inclinaba para tomar uno de aquellos objetos.

—¡No, niña! ¡Deje eso! —ordenó ella. La miré con sospecha.

—¿Qué eran esas voces que salían de aquí?

—No le cuente a su abuelo, niña.

—Si no querés que le cuente, tenés que decirme qué estabas haciendo.

Me miró resignada y luego me contó que se trataba de un antiguo ritual de adivinación de su tierra. Ella sabe tan bien como yo que los negros, convertidos a la religión católica, tienen prohibido practicar esta clase de ceremonias y son castigados si los descubren.

—Quiero saber de dónde salió el mocito ese, porque se me hace que lo trajo Mandinga —dijo bajando la voz.

De modo que era eso. Observé con atención los objetos y los reconocí uno por uno: el trozo de una boquilla que había sido del abuelo, un pedacito del mango de un abanico, y también espinas de pescado y un caracú pelado. En todo caso, siempre se trataba de pedacitos de hueso que, seguramente, Remigia había reunido con

paciencia y a escondidas para practicar el ritual. Pero había, además, un cuadradito muy pequeño de esa extraña tela azul, dura, ordinaria y un poco sucia, cortado del pantalón con el que apareció de la nada el tal Manuelito.

—Está bien, no voy a decir nada, pero a cambio vos tenés que prometerme que si averiguás algo me lo vas a contar.

Ella sacudió la cabeza diciendo que sí.

—Y ahora acompañame a la cama, que tuve un sueño muy feo y si no estás conmigo no voy a poder volver a dormir.

Envuelta en su calor de brasero, regresé al lecho y dormí como un tronco hasta el día siguiente.

DEL REGISTRO DE EMANUEL

25 DE ABRIL DE 1810

¡Aquí Emanuel Rizzo registrando! Tengo que repetirme cada tanto mi propio nombre, porque aquí me dicen Manuel o Manuelito y no me quiero acostumbrar. Emanuel, Emanuel, Emanuel.

Hay un dato importante que me llamó mucho la atención: en 1810 la gente se habla de vos, igual que en mi época. Yo pensé que antes todos hablaban de tú, pero no es así. Los únicos que hablan solamente de tú son los españoles, que hay muchos: por ejemplo, montones de empleados públicos, sobre todo en los puestos más altos, militares y funcionarios del virreinato. Los mandan directamente de España, porque el rey nunca quiso darles puestos de mando a los criollos. Pero los que nacieron aquí usan el vos y cuando hablan, no distinguen la ese de la zeta o de la ce, igual que nosotros. A lo sumo la gente más ricachona mezcla

el tú con el vos, como hace mi amigo Wilson, que es uruguayo y ataja al arco como ninguno. ¿Lo volveré a ver a Wilson alguna vez? Mi máquina del tiempo está junto con mi ropa del siglo XXI, bien escondida en el ropero de don Blas de Ulloa. Pero por el momento no tengo ganas de volver, esto es muy interesante y divertido.

Tengo mucha suerte de haber venido a parar a la casa de don Blas, por muchas razones:

1. Es un tipo con la cabeza muy abierta y no se espanta de nada de lo que le cuento.

2. Tiene plata. Bueno, como en todas las épocas, eso hace que todo sea más cómodo y los problemas más fáciles de arreglar.

3. ¡Es un conspirador! Esa es la palabra que él mismo usó. Quiere decir que es justamente una de las personas que se juntan para hablar y pensar y decidir cómo el Virreinato del Río de la Plata se puede independizar de España.

Piensen que me podría haber tocado todo lo contrario. Un "godo" o "maturrango", que así llaman aquí a los que están a favor de que sigamos siendo una colonia española. Hay que aclarar que algunos de los godos son españoles y otros no, así como hay españoles que quieren también la independencia.

Si me llegaba a tocar uno de los que no están de acuerdo con liberarse de España, o uno al que le da lo mismo (yo creo que de esos es de los que más hay), ¿qué oportunidad iba a tener de conocer un verdadero prócer? Uy, si lo veo a Belgrano, le pido que me firme un autógrafo.

Margarita, la nieta de don Blas, es un problema. Parece que estuviera enojada conmigo todo el tiempo y no entiendo por qué. Me parece que se ofendió por eso de que sin querer la descubrí espiondo. ¿Por qué don Blas no querrá contarle nada? Sería mucho más fácil para mí no tener que mantener el secreto. Yo creo que está celosa, porque don Blas se la pasa charlando conmigo en la Biblioteca y no la deja entrar.

No se pueden imaginar lo mal que me estoy sintiendo. Por un lado estoy todo dolorido por culpa de mis lecciones de equitación. Yo había andado a caballo una sola vez, en Mar del Plata, y aquí me hacen montar todos los días. Pero lo peor es el problema de la panza. Esto es un desastre, tengo que ir al baño a cada rato y aquí ir al baño (al "común", dicen ellos) no es nada fácil. Yo no entiendo cómo se las arreglan las mujeres para ir a la letrina, con esos vestidos tan largos y todas las enaguas que se ponen abajo de la pollera. Debe de

ser que usan más los orinales, unas pelepas grandes que, en el mejor de los casos, se ponen debajo de una silla con un agujero en el asiento.

El baño no está dentro de la casa, hay que salir afuera y chupar frío. (Por eso de noche se usan tanto los orinales). Lo llaman común, y es un cuartito de madera que está en el fondo, en la huerta. Le plantaron alrededor lavandas y limoneros para disimular el olor del pozo ciego, que es bastante apestoso.

No creo que sea la comida lo que me está produciendo esta descompostura, porque aquí comen todo el rato sopa y puchero (le dicen "cocado") de carne y de gallina, con papas, choclos y zapallo. Como gran variante, empanadas. Es una comida aburrida, pero que nunca me cayó mal. Bah, aunque puede ser también, porque la sopa se la toman toda llena de grasa de la carne; incluso, si les parece que el caldo no salió lo bastante pesadito, ¡le agregan un pedazo de grasa pura! Se nota que nunca oyeron hablar de colesterol. Y pensar que en casa hasta a los chicos nos dan leche descremada... Encima, la sal es tan cara que para condimentar mezclan un poquito de sal con un montón de ají molido. Eso sí puede ser que me haga mal, porque no estoy acostumbrado a comer

tan picante. Casi no usan tenedor, comen todo con cuchara y don Blas, que tiene costumbres más anticuadas, a veces agarra incluso la comida con los dedos. Eso sí, con tres dedos y con mucha elegancia. Por eso después de comer traen unas fuentecitas con agua para lavarse las manos.

Hablando de agua... me parece que lo de mi panza debe de andar por ahí. Claro, yo veía en las revistas y en internet los dibujos de los aguateros trayendo el agua del río para vender casa por casa, y me parecía de lo más simpático. Puf, puf y más puf. De simpático no tiene nada. No es un aguatero de vez en cuando. Hay siempre una larguísima fila de carros que van y vienen del río, porque toda el agua que se usa en la ciudad, para tomar, para cocinar, para bañarse, hay que traerla así. Y aquí viven cuarenta mil personas. Obvio que nadie se baña muy seguido. Encima, el agua del Río de Plata no se ve mucho más limpia en esta época. A lo mejor tiene menos porquerías químicas, pero es siempre la misma agua marronosa y barrosa. Entonces hay que ponerla en tinajas y dejarla decantar, el barro se va al fondo y se toman la parte de arriba, que queda más o menos transparente. ¡Qué asco!

Don Blas me mostró con mucho orgullo el aljibe, porque no todas las casas de Buenos Aires

lo tienen. En el aljibe se junta el agua de lluvia y se saca con un balde. El agua sale con bichitos inmundos y aquí la gente se la sirve y se la toma como si fuera lo más exquisito. Podrían hervirla, por lo menos, pero se ve que no se les ocurre. Adentro del aljibe tienen una tortuga, para que se coma los bichos y los renacuajos. Yo no lo podía creer hasta que la ví, una tortuga de agua ahí en el fondo... Ese agua tan fresquita y deliciosa, ¡debe de tener pis y caca de tortuga! Para mí, por eso me dio semejante problema de panza. Ay, Francis, ¿por qué no me avisaste todo esto? Por lo menos me hubiera traído unos carbones.

